

Ni Manuel, ni Payán. El hecho horrendo
Tolera y calla el pueblo americano,
Que donde impera el bárbaro tirano,
Hablar es crimen, el silencio es ley.

¡ Ah ! ¡ Pubenza ! ¡ Pubenza ! ¿ conque el fuerte
Hijo del gran conquistador, te ha hecho
Desleal á tu amor ? ¿ Mintió tu pecho ?
¡ Ay ! misera, ¿ qué hiciste ? ¿ dónde estás ?
¿ Dónde tu amante ?... Un velo tenebroso
Aun oculta el sacrilego misterio....
Llora Pubenza en duro cautiverio :
¡ La mano ha dado, el corazón, jamás !

¡ Vive Fernando ! ¡ vive ! De su suerte
La estrella brilla, plácida y tranquila ;
Mas llega un tiempo en que su luz oscila,
Y parece apagarse para él.
Vago rumor de crímenes le acusa
Indignos ¡ ay ! de su elevada cuna,
Y en medio del poder y la fortuna,
Aspira ambiente emponzoñado y hiel.

La frente clara, la cabeza erguida
Ya no sostiene el cuerpo vigoroso :
Clava en tierra los ojos, temeroso
Del hombre no, del justiciero Dios ;
Y embozado en su manto, y solitario,
Ora con paso mesurado, lento,
Se inclina ante el atroz remordimiento,
Ora de él huye, que le sigue en pos.

Al rumor que le acusa, con la muerte
Sale al encuentro, y de la sangre vive,
Y en medio de los crímenes percibe
Que es imposible detenerse ya ;
Y por la suerte mísera empujado
Matar pretende al pensamiento mismo,
Y de crimen en crimen, al abismo
Rodando á su pesar, rápido va.

Es el primer delito como el lurtre
Que el huracán de los nevados lanza :
¡ Rueda ! y en cada giro crece, avanza,
En mole, y movimiento y solidez.
¡ Rueda ! — de cumbre en cumbre despeñado,
Las selvas sordo, con estruendo, arrasa,
Hasta que al fin le rompe y despedaza
Con estrago, su propia rapidez.

Busca alivio Fernando, ¿ pero dónde ?
Del cielo aparta los enjutos ojos :
En el jardín de amor sólo hay abrojos ;
En la tierra hay esclavos, soledad.
Pero nada le abate ; solo y fiero,
Amor y tierra y cielo desafía :
En su pasión, en su valor confía,
Y desprecia á la abyecta humanidad.

Tan sólo con un fin humillaría
La frente altiva, el alma de diamante ;
Y vaga eterno el pensamiento errante
De aquel objeto idolatrado en pos.

Es amor su fantástico delirio:
 Ama, aborrece, y amenaza, y ruega,
 Y, desoído, de su ser reniega,
 De gloria, y cielo, y religión, y Dios.

Siete veces el sol trajo el estío,
 Y siete veces le encontró penando,
 Porque el dolor se sienta con Fernando,
 Y vive con Fernando el padecer.
 La octava vez... ¡Silencio! que ha sonado
 Bélica trompa cuya voz retumba....
 Busca, ¡oh guerrero, una gloriosa tumba!
 ¡Llama el clarín!... ¡Silencio á la mujer!



TE QUIERO

Te quiero, sí, porque eres inocente,
 Porque eres pura, cual la flor temprana
 Que abre su cáliz fresco á la mañana
 Y exhala en torno delicioso olor.
 Flor virginal que el sol no ha marchitado,
 Cuyo tallo gentil se eleva erguido
 Por matutino céfiro mecido
 Que besa puro la aromada flor.

Te quiero, sí; pero en mi pecho yerto
 Ya con amor el corazón no late,
 ¡Ay! ni mi frente pálida se abate
 Al contemplar tu cuello de marfil;
 Pero te quiero como á aquella tierna
 Hija de mi alma que inocente ahora,
 En el regazo de su madre, llora,
 Tal vez, la pena que soñó infantil.

No dejaré que veleidoso vague
 De flor en flor mi loco pensamiento,
 Mas también la amistad tiene su acento;
 Amigo soy, amigo te hablaré.

¡ Feliz tú ! ¡ feliz yo ! Mis largos años
Cuentan dos veces los que tú has vivido :
Tú el aguijón de amor aun no has sentido,
Yo ya de amor el aguijón gasté.

El fuego brilla en tus abiertos ojos,
Pero no hará reverberar los míos ;
Tu blando acento en mis oídos fríos
Rápido vibra y piérdese al caer :
Y si entrecubre el párpado bruñido
Tu dilatada, lúcida pupila,
Mi mirada pacífica, tranquila,
Admira el ángel, nunca la mujer.

Tal vez anima tu semblante puro,
Con gracia celestial, vaga sonrisa,
Como se anima, al soplo de la brisa,
El terso lago en tímido vaivén.
Y tu inefable sonreír de ángel
Al corazón arrancará un suspiro ;
Mas yo impasible tu sonrisa miro
Y mirara impasible tu desdén.

¿ De qué sirve en el árido desierto
De ruiseñor armónico gorjeo ?
¿ Á quién dará su música recreo,
Si todo en torno es yermo y orfandad ?
¿ Y qué valen la gracia y la hermosura,
Y la lágrima amiga y la plegaria,
Cuando el alma abrumada y solitaria
Está absorta en su propia soledad ?

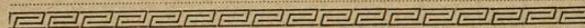
¡ Estéril soledad, do todo muere,
Que llevo yo doquier conmigo mismo,
Que, cual potente mar, torna en abismo,
Y á sí asimila cuanto en ella cae !
Ya para mí la brisa no levanta
El mar de las pasiones ; está en calma ;
Al estéril desierto de mi alma
Sólo la arena sus mudanzas trae.

Volcán extinto soy, ceniza fría
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo :
Tu mirada de fuego yo no esquivo,
Que la chispa al caer se apagará.
Lee sin temor. Algún futuro día
Dirás : — ¡ Era mi amigo ! — Á más no alcanza
Ya mi ambición ; mi tímida esperanza,
No de amistad el linde salvará.

Pero tu suerte ¡ hermosa flor ! tu suerte,
Yo quisiera labrar y tu ventura ;
Eres hermosa : el crimen de hermosura
Persigue el hado, sin piedad, aquí.
Flor virginal que con la brisa ondeas,
El gusano te acecha, en torno andando,
El diente aguza, y en el tallo blando....
¡ Oh Dios ! ¡ buen Dios ! ¡ apártale de allí !

Tú la hiciste, Señor, ¡ no la abandones !
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,
¡ Cuidala ahora ! El enemigo existe,
Desnudo de virtud y de piedad.

¡ No le permitas deshojar tu lirio !
 ¡ Ay, ni en el cáliz exhalar su aliento !
 ¡ Ay, ni permitas que enemigo viento
 Aje tu linda flor, Dios de bondad !



¡ ME VOY ! (1)

I

Me voy de las playas alegres, süaves,
 Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla ;
 Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
 Do nunca ha apagado sus rayos el sol ;
 Do anuncian la aurora con trinos las aves,
 Y en cantos acordes al alba saludan ;
 Do nunca los hielos al árbol desnudan,
 Do nunca del cielo faltó el arrebol.

Me voy de las playas que el aura acaricia
 Besando las flores que crecen en ellas ;
 Do el céfiro borra las tímidas huellas
 Que deja en la arena la esbelta mujer.
 Se quedan los campos do amor y delicia
 Espiran los aires y el labio respira,
 Do en plácidos sueños el joven suspira,
 Mecido en los brazos del blando placer.

(1) Composición escrita por la noche, el 27 de Julio de 1852, después de presenciar durante algunos instantes el baile dado por el Whist Club en la ciudad de Lima.

Se queda la tierra que Marte aborrece
Y evita los ecos de trompas marciales,
Do el bárbaro ruido de roncós metales,
No arranca, tronando, sus gritos de horror.
Me voy de las playas do blando se mece
El cándido lirio al soplo del viento....
¡Adiós, gaya Lima, do no hay un acento
Que no nos inspire deleite y amor!

II

Me voy... ¡y nada deajo, ni un suspiro!
Nadie dará una lágrima á mi ausencia;
Para mí no ha existido ni la esencia
Plácida de los árboles aquí.
He estado en un Edén, testigo he sido
De los placeres que ese Edén brindaba;
Mas cuando yo sus árboles buscaba,
Ni la sombra era fresca *para mí*.

Oyendo estoy el melodioso acento
Que para otros oídos se destina;
Pero ese acento que al deleite inclina
Viene tan sólo á herir mi corazón.
Viendo estoy las miradas y las risas
Dulce y afablemente contestadas;
Pero esas risas ¡ay! esas miradas
Son para otros, para mí no son.

En mi redor la música se anima,
Y al grato son en mi redor se danza;

En mi redor se enciende la esperanza,
En mi redor se mueve la mujer;
Y su forma de sílfide que vuela
Por el salón en brazos de su amante,
Y su rostro, de júbilo radiante,
Y sus ojos de fuego y de placer;

Música, baile, amor, deleite — nada
Le pertenece al infeliz proscrito,
Que vive, como Tántalo, maldito,
Viendo la dicha ahogada en el dolor:
Ni vibra para él acento amigo,
Ni se perfuma para él la brisa,
Ni brilla para él la dulce risa
De amistad, ó de lástima, ó de amor.

Mira el proscrito hacia el jardín vedado
Como pudo, lanzado de improvisó,
Mirar desde la puerta al Paraíso
El desterrado, el infeliz Adán.
Luego, si piensa en el hogar nativo
Y se transporta á playas apartadas,
Mira la Patria, y á su amor cerradas
Ve que sus puertas para siempre están.

III

En la turba que esa sala
Llena sonriendo, amando,
Y conversando, y burlando,
Do todos contentos van,

Aquel suspiro que exhala
De la boca coralina
La bella, que el cuello inclina
Sobre el alegre galán ;

La dulce risa, el acento
De placer y de alegría,
Y la blanda melodía
Que hace los aires vibrar....
Todo aquello que contento,
Deleite y amor inspira,
No consuela al que suspira
Por su patria y por su hogar.

Él no es ave de *este* nido,
Ni oveja de *este* rebaño ;
Para todos es extraño,
De todas desconocido :
En el lujoso salón
Ve mujeres tiernas, bellas,
Mas, para él, no hay en ellas
Oídos ni corazón.

Si hacia el labio del proscrito
Un ahogado acento vuela,
El corazón se rebela,
Y aquel acento bendito
Sobre su labio se hiela : .

Se hiela, como la gota
Que el frío torna en cristal
Cuando entre la escarcha brota,

Ante el oyente glacial,
Cuya indiferencia nota.

¿ Quién va á atender al ingrato
Son del dolor que se queja,
Abandonando el boato
Y el dulce y alegre trato
Donde el amor se refleja ?

¿ Quién ha de apartar los ojos
De tanta riqueza y gala,
Por atender, en la sala,
Al que oculto entre sonrojos,
Su queja tímida exhala ?

Por el pesar carcomido,
Solo entre la muchedumbre,
Mudo en medio del rüido,
Está el proscrito escondido,
Y á oscuras entre la lumbre.

IV

Tal vez en selva espléndida, en medio de los robles
Que cubren con sus sombras la tierra en derredor,
Inclina al suelo lánguida sus hojas casi inmóviles
Una enfermiza, pálida, desconocida flor.

Y los alegres árboles, que juegan con el viento,
Y cuyas ramas crujen al son del huracán,
Reparten sus despojos, y al ímpetu violento
Ahogando con sus hojas la florecilla van ;

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,
Y suena por las ramas su acento silbador,
Al pie del tronco yace, oculta, helada, ignota,
Y muda entre el estrépito, la solitaria flor.

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,
Y empújame, y ahógame, y obligame á quejar,
No hay uno que hacia abajo la alegre vista lleve,
No hay uno que, por lástima, me venga á saludar.

Y oculto y melancólico, entre el común contento,
No salgo de la esfera donde penando estoy,
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento, [voy.
Diciendo: ¿Á quién le importa? De vuestro Edén me

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos
Hacia el proscrito errante se vuelvan por ventura,
Los ojos del proscrito evitan su hermosura
Y elévanse hacia el cielo en busca de su Dios;
Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,
Sino la arena estéril de un árido desierto,
Do apenas queda un eco para decir: ¡Adiós!



JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

Es éste uno de los más egregios poetas líricos que ha producido Colombia, « capaz de elevarse en sus buenos momentos al nivel de lo mejor de Quintana, con animación no menos férvida y más jugo de alma ». Sobre *Los Colonos*, con que damos principio á esta sección, dice el señor Menéndez y Pelayo: « ¡Espléndido canto es éste, y salvo algunas caídas de estilo, no muy frecuentes, la mejor composición de Ortiz y una de las más finas joyas de la poesía americana! Poesía descriptiva á un tiempo y lírica, con algunos rasgos del estilo de Virgilio y de Bello, ajeno á la habitual manera de Ortiz, pero que indican lo que en este género hubiera podido hacer, aplicando á su estilo una labor más severa y paciente, y buscando en sus descripciones la precisión más que el lujo. » Ortiz era además un elegante escritor de prosa y un erudito y ardiente controversista católico. Perteneció á la Academia Colombiana. Nació en Tunja, Departamento de Boyacá, el 10 de Julio de 1814, y murió en Bogotá el 14 de Febrero de 1892.